

Prefacio

Por Guy Laliberté, fundador y Consejero Delegado

La magia no es sólo un intenso *tour* de las operaciones y actividades del Cirque du Soleil. Es ante todo un encuentro íntimo con sus colaboradores, que viven cada día de forma creativa. Y aunque cuenta la historia del viaje de autodescubrimiento de un hombre, *La magia* revela una variedad de maneras sencillas que cualquiera puede utilizar para ser más creativo, ver posibilidades más amplias y crear su propia visión del futuro.

Con más de 3.000 empleados trabajando a tiempo completo, artistas, artesanos, técnicos y gerentes en gira alrededor del mundo, sería prácticamente imposible señalar los méritos de todas y cada una de las contribuciones creativas individuales. Por consiguiente, muchos de los personajes singulares que aparecen en este libro son un mosaico de los generosos, apasionados y talentosos hombres y mujeres que han compartido la experiencia del Cirque du Soleil. Sus historias, sin embargo, son reales. De sus grandes expectativas y «sueños espléndidos» han surgido productos creativos. Han aprendido a no ofrecer resistencia a sus sentidos, confiar en sus instintos, asumir riesgos y enfrentarse a los desafíos en un ambiente artístico y enriquecedor. Trabajan tanto solos como en equipo, aprendiendo a conectar con la gente y a llegar a ella de nuevas maneras,

esforzándose siempre en reinventarse a sí mismos. Y aspiran a recompensar al mundo en el interminable proceso de cambio, intercambio y renovación. Son catalizadores.

A partir de una chispa insignificante puede surgir una gran hoguera...

1

Cruzando las puertas blancas

*Cuando no tienes idea
de lo que andas buscando...*

Si alguien me pregunta cuándo empezó mi extraordinario viaje, le digo que sucedió entre la primera y la séptima puerta. Al menos allí fue donde me descubrí después de dejar atrás la algarabía del casino, con sus parpadeantes luces, el sonido de los dados y la excitación que había por doquier. Por más que me fascinara la tierra de la suerte, necesitaba dar a mis sentidos un breve respiro del giro de las ruedas de la fortuna.

Estaba buscando algo, aunque no sabía exactamente qué. Iba en busca de algo extraordinario. Algo más allá del mundanal ambiente del marketing y del dinero que me había llevado en primer lugar hasta Las Vegas. Más allá de la rutina que se había instalado en mi vida. Pero, por supuesto, cuando no tienes idea de lo que andas buscando, es muy difícil encontrarlo.

Cuando estaba a punto de refugiarme en la habitación de mi hotel para gozar de unos momentos de tranquilidad, vi a dos hombres vestidos de negro alejándose de las máquinas tragaperras y dirigiéndose hacia una parte más tranqui-

la del casino. Los seguí casi en un estado de ensueño. Desaparecieron por una puerta blanca, quizá la única del casino que no anunciaba lo que había detrás de ella. Intrigado, la empujé y al abrirse, me condujo a un silencioso pasillo de color blanco inmaculado, iluminado con tanta maestría que casi parecía irradiar energía. A pocos metros vi otra puerta, tan prístina y atractiva como la primera. También la abrí, aunque esta vez con más tiento, porque podía decir que había abierto una puerta por error, pero la segunda ya hubiera parecido una indiscreción más seria.

Detrás de la segunda puerta había una tercera. ¿Quiénes eran esos hombres y adónde iban? ¿Y qué haría yo cuando me los encontrara? ¿En qué clase de aventura de Alicia-en-el-País-de-las-Maravillas-cayendo-por-el-agujero-del-conejo me estaba metiendo? Al atravesar la siguiente puerta, advertí una cámara de seguridad colgando del techo y la mesa del personal de seguridad a la izquierda, y sentí que se me tensaban los hombros. ¿Qué era lo que estaban intentando proteger? Como no se veía un alma, seguí adelante. Al llegar a la sexta puerta, ya había aceptado que no tenía idea de adónde me estaba llevando aquel pasillo, pero tenía la inconfundible sensación de que a cada puerta que dejaba atrás, estaba un paso más cerca de lo que andaba buscando.

Al empujar la séptima puerta comprendí que había llegado al final del pasillo y al inicio de mi viaje. Al abrirla apareció un inmenso teatro. A mi izquierda se extendían, formando un arco, hileras de asientos forrados de felpa azul. El techo se elevaba a unos treinta metros de altura y tuve que resistirme a la tentación de ponerme a gritar para escuchar el eco de mi voz y comprobar que no estaba soñando.

A mi derecha se encontraba el escenario más extraño que jamás había visto. Contemplé cómo una misteriosa es-

estructura monolítica, quizá de doce por veinticuatro metros, se movía de izquierda a derecha, y hacia arriba y hacia abajo, hasta que al final, al llegar a un cierto punto, se mantuvo derecha, como si desafiara la fuerza de la gravedad. No tenía idea de para qué servía: ¿formaba parte del decorado? ¡Para escalar tal precipicio uno tenía que ser Spiderman!

Al otro lado del teatro vi a los individuos que sin proponérselo me habían hecho cruzar las puertas. Estaban ajustando el equipo de la plataforma mecánica giratoria que colgaba peligrosamente detrás de uno de los pisos del escenario que llevaba a lo que parecía ser un abismo sin fondo. Aunque se encontraban al menos a unos dieciocho metros de distancia, podía oír claramente sus voces ya que la acústica del teatro era perfecta. Advertí que la media docena de personas dispersas por el escenario hablaban con distintos acentos: escocés, ruso, tejano y francés canadiense.

Estaban tan concentradas en lo que hacían que no parecían haberse percatado de mi presencia. La última vez que sentí tanta curiosidad había sido en la universidad, cuando cada experiencia era una nueva aventura para mí y no tenía que preocuparme por las consecuencias de mis actos, a diferencia de ahora; mi mente parecía darse cuenta de las posibilidades que me estaba ofreciendo aquel entorno. Me senté en uno de los asientos del teatro, en medio de aquella fascinante escena, sin perderme un solo detalle.

El enorme teatro parecía más bien una gran y oscura pajarera formada por unas inmensas pasarelas hechas con planchas de madera vieja y barandas de cobre, unos intrigantes elementos que contrastaban con el estilo ultramoderno del MGM Grand Hotel. Su intemporal cualidad me daba la sensación de haber entrado en un edificio construido mucho antes de que existiera Las Vegas.

Creo que estuve sentado allí durante diez o veinte minutos, simplemente contemplando y escuchando.

Al final alguien se percató de mí: una mujer que parecía haber salido de la nada, esbelta y de mediana edad, con el pelo corto de color pelirrojo y una elegante chaqueta de ante, me miró con una expresión amistosa. Se dirigió hacia mí caminando entre las hileras de asientos. Yo me encontraba sin duda en un lugar en el que no debía estar, pero ella parecía más curiosa por mi presencia que enojada.

Normalmente me habría deshecho en disculpas por haber entrado en un lugar privado y me habría apresurado a irme, pero algo me impidió hacerlo.

—Hola —dijo ella cuando se encontraba a un par de hileras de distancia.

—Hola —le respondí asintiendo con la cabeza. Supuse que iba a echarme y no creí que tuviera ningún sentido resistirme. Pero en lugar de pedirme que me fuera, me estrechó la mano.

—Me llamo Diane —dijo.

—Y yo Frank —respondí. Se sentó a mi derecha, a sólo un par de asientos de distancia, sin perderse ni un detalle de la escena que se desplegaba ante nosotros. ¿Había ido ella a parar a este universo alternativo de la misma forma que yo?

—Es impresionante, ¿verdad? —me preguntó señalando el escenario con la mano.

—Nunca había visto nada igual —respondí.

—Me gusta considerarlo como un teatro de sueños sin cumplir y de grandes expectativas.

Yo no supe qué decirle al respecto.

—A pesar de su tamaño, es muy silencioso —añadí.

—¡Mmmm! —asintió ella—. Durante el día es un lu-

gar muy relajante y tranquilo. Pero en el aire también flota una especie de electricidad, ¿no crees? Antes de que el espectáculo empiece, siento a menudo una energía cinética flotando en el aire, como si el teatro estuviera a punto de estallar.

Cuando acababa de pronunciar estas palabras explotó una bola de fuego sobre el foso, en medio del escenario; el humo flotó unos segundos en el aire y luego desapareció.

—¡Sólo lo estaba probando, Diane! —gritó un hombre vestido de negro.

—¿Qué es? —le pregunté. A estas alturas ya había comprendido que ella trabajaba en el teatro y yo había dejado de considerarme un intruso. Pero mi talento para las observaciones graciosas se había esfumado, sólo me quedaba el sincero deseo de aprender más cosas sobre aquel lugar.

Ella se echó a reír.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

Al recordar las puertas que había franqueado, sonreí. Comprendí que no se trataba de un sueño, sino que estaba bien despierto.

—Mientras buscaba la forma de huir de un seminario —le expliqué— me puse a pasear por el casino. Entonces vi a esos tipos —añadí señalando a los montadores— y pensé que parecían saber mejor que yo adónde iban y decidí seguirlos.

—¡Caramba!, admiro tu espíritu aventurero —dijo Diane—. ¿Qué clase de trabajo es el que te ha traído hasta Las Vegas?

—Soy agente de deportistas —le respondí casi disculpándome.

—No parece que te apasione demasiado tu trabajo.

—Al principio me encantaba. Trabajar con atletas (con

los talentos, como nosotros los llamamos) era excitante. Estaba siempre volando a distintas ciudades del país, buscando la siguiente estrella legendaria de la NBA o el siguiente mariscal de campo de la Liga Nacional de Fútbol Americano —hice una pausa—, pero al cabo de un tiempo mi trabajo dejó de apasionarme y se convirtió en uno como cualquier otro —le confesé.

Me sorprendió mi franqueza. ¿Por qué le estaba revelando mis sentimientos a una desconocida?, me pregunté. Era inusual en mí; precisamente mi trabajo me exigía no poner nunca las cartas sobre la mesa.

Diane asintió comprensiva.

—No hay demasiadas personas a las que les apasione su trabajo, ¿no es cierto?

—No, supongo que no —respondí. No me venía a la cabeza ningún conocido al que le apasionara su trabajo.

—¿De qué trataba el seminario?

—De marketing creativo —repuse recitándole el título—. Pero en realidad no trataba de creatividad, sino de encontrar incluso más formas de ganar dinero mediante patrocinios. —¿Desde cuándo soy tan cínico sobre mi trabajo?, pensé—. ¿Qué espectáculo estáis ensayando? El escenario del teatro parece el de las películas de Indiana Jones.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó Diane—. ¿De verdad no sabes de qué va el espectáculo?

Lo negué con la cabeza. Ella en lugar de mostrarse ofendida, sonrió divertida. Estoy seguro de que se preguntaba quién era ese desconocido que había logrado burlar los controles de seguridad y plantarse en la platea del teatro a media tarde.

Diane se giró hacia mí y me dijo:

—Se trata de un espectáculo llamado *KÀ*. ¿Has oído hablar del Cirque du Soleil?

—¡Claro que sí! —respondí, sintiendo que al fin aquel desconcertante ambiente estaba empezando a cobrar sentido para mí—. He visto vuestros carteles anunciándolo por todo Las Vegas. Pero si he de ser sincero, no sé exactamente qué es lo que hacéis.

—Pues —dijo Diane aceptando el reto de instruirme, buscando unas palabras introductorias que posiblemente no había pronunciado en años— somos una compañía de entretenimiento creativo; nuestras actuaciones se desarrollan en torno a los sueños, el talento y las pasiones de nuestros artistas y creadores. El circo se formó en Quebec en 1984 y ahora estamos representando once espectáculos por todo el mundo, cuatro de ellos aquí, en Las Vegas.

—Si este teatro refleja de algún modo lo que hacéis, puedo imaginarme lo especial que será vuestro espectáculo —le dije—. ¿Tenéis también payasos?

Ella se echó a reír.

—Sí, aparte de todo esto, también hay payasos —repuso—. Mira, no creo que pueda explicártelo todo en cinco minutos. Y hoy tengo varias reuniones. Pero te diré qué es lo que podemos hacer. ¿Por qué no asistes esta noche al primer espectáculo, al de las siete y media? Dame una tarjeta tuya y ve esta noche a buscar la entrada en la taquilla. Así verás por ti mismo qué es el Cirque du Soleil.

—¡Qué bien! —le dije levantándome y entregándole una de mis tarjetas—. Te agradezco de veras este detalle.

—¡Estupendo! Hasta la noche entonces —respondió ella. Yo contemplé una vez más aquel impresionante espacio y luego me fui.

... es fácil encontrarlo

Volví al seminario con una renovada energía, pero no precisamente para el «Marketing creativo». Mientras otro de los conferenciantes iniciaba su presentación, yo seguía pensando en lo que acababa de ver. Ninguno de mis colegas parecía sospechar que aunque estuviera sentado junto a ellos, con una expresión atenta, mi mente seguía estando en el teatro donde se representaba *KÀ*.

Al terminar el seminario algunos de mis colegas empezaron a hacer llamadas para ir a jugar un rápido partido de golf de nueve hoyos, mientras que otros hablaban de adónde podían ir a cenar. Pero yo decliné amablemente todos sus ofrecimientos.

—¡Pareces otra persona, Frank! —dijo Steve con una sonrisa burlona—. ¿Te encuentras bien?

—Es que tengo una entrada para asistir esta noche a un espectáculo —respondí resistiéndome a divulgar mi secreto.

—¿Para cuál de ellos?

—Para el del Cirque du Soleil —respondí—. Creo que se llama *KÀ*.

—¡Pero si hace meses que se han agotado las entradas! —exclamó Steve—. ¿Cómo has logrado conseguir una?

—Yo... Mmmm...

¿Cómo lo había logrado? ¿Por qué Diane me había regalado una entrada? ¿Y por qué no me había echado del teatro cuando me vio? Cuando vi la expresión de mis colegas, comprendí la suerte que había tenido al ver las puertas blancas y decidir cruzarlas.

—Chicos, cuando sabes lo que andas buscando —les expliqué fingiendo una baladronada—, es muy fácil encontrarlo.